

6. Confianza solo en Cristo

Material bíblico

Filipenses 3:1–16; Romanos 2:25–29; Juan 9:1–39; Efesios 1:4, 10; 1 Corintios 9:24–27.

Citas

- La fe es una confianza viva y audaz en la gracia de Dios, tan segura y cierta que el creyente apostaría su vida por ella mil veces. Martin Lutero
- Tenemos plena confianza en Jesucristo. Nuestra confianza aumenta a medida que el carácter de Dios se vuelve más grande y más digno de confianza para nuestra comprensión espiritual. Aquel con quien tratamos es aquel que encarna la fidelidad y la verdad —el que no puede mentir. Aiden Wilson Tozer
- La religión es la posibilidad de la eliminación de todo fundamento de confianza, excepto la confianza solo en Dios. Karl Barth
- Aquel que se levanta después de sus caídas, con confianza en Dios y profunda humildad de corazón, se convertirá, en las manos de Dios, en un instrumento apropiado para el logro de grandes cosas; pero aquel que actúa de otra manera nunca podrá hacer ningún bien. Pablo de la Cruz
- No necesitamos autoconfianza; necesitamos confianza en Dios. Joyce Meyer
- La Iglesia siempre falla en el punto de la autoconfianza. Samuel Chadwick

Preguntas

Como cristiano, ¿es incorrecto tener autoconfianza? ¿Qué confianza podemos tener en la iglesia? ¿De qué maneras puede nuestra confianza estar mal depositada? ¿Cómo depende nuestra confianza en Dios de conocer su verdadero carácter? ¿Por qué los fariseos no podían creer la evidencia de sus propios ojos? ¿Qué tiene que ver la confianza en Cristo con la gran controversia?

Resumen bíblico

Pablo considera todo como pérdida en comparación con el increíble beneficio que ha recibido al conocer a Jesús. Él tiene confianza solo en él (ver Filipenses 3:1–16); En Romanos 2:25–29, Pablo habla de la circuncisión y señala que en sí misma no tiene valor. Juan 9:1–39 es el debate sobre la curación de Jesús del hombre ciego de nacimiento. Somos elegidos en Jesús (ver Efesios 1:4, 10). En 1 Corintios 9:24–27, Pablo habla de correr la carrera para ganar un premio eterno.

Comentario

En un tiempo, «no teníais esperanza y vivíais en el mundo sin Dios» (Efesios 2:12), pero ahora, «quiero ser hallado en él, no siendo justo por lo que he hecho, o lo que la ley requiere, sino hecho justo mediante la confianza en Cristo, justificado por Dios a través de la confianza en él» (Filipenses 3:9).

Cuando nos referimos a la confianza en Dios, estamos hablando de fortaleza espiritual a lo largo del tiempo —una consistencia de *actitud* y enfoque que no está sujeta a los caprichos emocionales. Sin embargo, esto no proviene de nosotros mismos. Proviene de Dios a medida que depositamos nuestra confianza en él. Esta es la fuente de nuestra fortaleza espiritual —de ahí proviene nuestra resiliencia.

Tener confianza en Dios nos da la fuerza para vivir y la fuerza para compartir las gloriosas buenas nuevas. Confiar en Dios como la fuente de resiliencia es lo que nos da seguridad y convicción. Dios, a través de nosotros, da a otros la esperanza de vivir para un presente lleno de Dios y un futuro prometido por Dios. Esta es la motivación que la confianza en Dios proporciona, y la fuerza que se renueva. «Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se fatigarán; caminarán, y no se cansarán» (Isaías 40:31).

Por eso es importante depositar nuestra confianza en el Señor. Es la única fuente de fortaleza espiritual, pues no tenemos ninguna propia. El fundamento de nuestra esperanza está en Dios y en su majestad y poder eternos, expresados en la humildad y el amor de Cristo. Así que debemos tener la mente de Cristo (ver 1 Corintios 2:16).

Si nuestra confianza en el poder habilitador de Dios se desvanece, necesitamos volver a la Biblia y reestudiar las «promesas de esperanza», y orar por el poder de Dios para que nos fortalezca de nuevo. La confianza recuperada trae gran gloria al mensaje y restaura la motivación. La clave es redescubrir nuestra confianza en Dios y compartirla con quienes nos rodean.

Así es como transmitimos confianza en nuestro amado Señor. Esto es lo que debemos celebrar, no nuestra propia fuerza. No proviene de nosotros, sino del mismo Dios Eterno. Como resultado: «Retengamos nuestra confianza y la esperanza de la cual nos gloriamos» (Hebreos 3:6). Aunque la forma en que nos expresamos difiere en cada uno de nosotros, el corazón del mensaje sigue siendo el mismo. Nuestra audacia y coraje residen en nuestra convicción de la realidad y la verdad acerca de Dios. Nuestra jactancia no está en nosotros mismos, sino en el Dios que predicamos y enseñamos, el Dios de ese futuro emocionante junto a él que marca una gran diferencia en la forma en que experimentamos el presente.

Necesitamos crecer en la gracia de Dios, confiando en él con seguridad a medida que nos asemejamos más al Señor y a su carácter inigualable. Sin embargo, nótese lo que se especifica como

una vida digna del llamamiento: completamente humilde, mansa, paciente, soportándonos unos a otros en amor. A veces tenemos la idea de que Dios nos llama a alguna tarea asombrosa o a un logro abrumador. Por el contrario, lo que Dios busca está en el interior, actitudes que reflejen la forma en que nos tratamos unos a otros. Solo entonces puede llamarnos a la obra que desea que hagamos.

La fuente de nuestra fuerza es Dios. Nos volvemos confiados al confiar en él: Esperar en el Señor es nuestra fuente de fortaleza espiritual. Esta confianza en Dios significa renovación, un suministro vigorizante de energía espiritual. Remontarnos como águilas, correr sin cansarnos, caminar y no agotarnos: somos recargados espiritualmente al confiar en el Señor.

Comentarios de Elena G. de White

Entonces, quiten sus ojos de ustedes mismos y fomenten la esperanza y la confianza en Cristo. Que su esperanza no se centre en ustedes mismos, sino en aquel que ha entrado dentro del velo. Hablen de la bendita esperanza y del glorioso aparecimiento de nuestro Señor Jesucristo. {RH June 9, 1896}.

Oh, cómo desearía que honráramos a Cristo al darnos cuenta de lo que Él quiere hacer por nosotros y tomándole la palabra. Si lo hiciéramos, seríamos cristianos alegres. Al contemplar a Cristo, seríamos transformados a su semejanza. {UL 359}

En los días más oscuros, cuando las apariencias parecen tan desalentadoras, no teman. Tengan fe en Dios. Él está obrando su voluntad, haciendo todas las cosas bien en favor de su pueblo. La fuerza de quienes lo aman y le sirven se renovará día a día. Su entendimiento se pondrá a su servicio, para que no yerren en el cumplimiento de sus propósitos.

No debe haber desánimo en el servicio de Dios. Nuestra fe debe soportar la presión ejercida sobre ella. Dios es capaz y está dispuesto a conceder a sus siervos toda la fuerza que necesitan. Él cumplirá con creces las más altas expectativas de quienes ponen su confianza en Él. Les dará la sabiduría que sus variadas necesidades demandan...

Oh, hermanos míos, mantengan el principio de su confianza firme hasta el fin. La luz de la verdad de Dios no debe atenuarse. Debe brillar en medio de la oscuridad del error que envuelve a nuestro mundo. La palabra de Dios debe ser abierta a quienes están en los altos lugares de la tierra, así como a quienes están en los más humildes. {8T 11}

No podemos encontrar salvación en nosotros mismos; debemos mirar a Jesús, quien es el autor y consumidor de nuestra fe, y al mirar, vivimos. ¡Cuán duro se esfuerzan los pobres mortales por ser portadores del pecado por sí mismos y por los demás! Pero el único portador del pecado es Jesucristo. Solo Él puede ser mi sustituto y portador del pecado. El precursor de Cristo exclamó: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Juan 1:29) Entonces, quiten sus ojos de ustedes

mismos y fomenten la esperanza y la confianza en Cristo. Que su esperanza no se centre en ustedes mismos, sino en Aquel que ha entrado dentro del velo. Hablen de la bendita esperanza y del glorioso aparecimiento de nuestro Señor Jesucristo. {RH June 9, 1896}

Preparado el 7 de enero de 2025 © Jonathan Gallagher 2025